JORGE BOCCANERA

SORDOMUDA







Jorge boccanera

Sordomuda



Colección
Lima Lee




JORGE
BOCCANERA

Jorge Boccanera

Argentina, 1952.

Poeta, crítico, periodista: Publicó, entre otros libros: Contraseña, Los ojos del pájaro quemado, Polvo para morder, Sordomuda, Bestias en un hotel de paso, Palma Real y Monólogo del necio. Entre sus antologías personales figuran: Marimba, Servicios de insomnio, Libro del errante, Animales borrosos y Ojos de la palabra. En 2020 salió Tráfico / Estiba, que reúne la totalidad de sus libros editados de 1976 a 2015. Obtuvo entre otros galardones el Premio Casa de las Américas (Cuba), Internacional "Camaiore" (Italia); "Casa de América" (España), Internacional "Ramón López Velarde" (México), "Poetas del Mundo Latino" (México) y "José Lezama Lima" (Cuba). Es autor, además, de libros de ensayo, narrativa, crónicas, teatro y letras de canciones, interpretadas por Mercedes Sosa, Raúl Carnota, Silvio Rodríguez, Lilia Vera, Litto Nebbia y Alejandro del Prado, entre otros artistas.

Sordomuda

©Jorge Boccanera
©Festival Internacional Primavera Poética

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

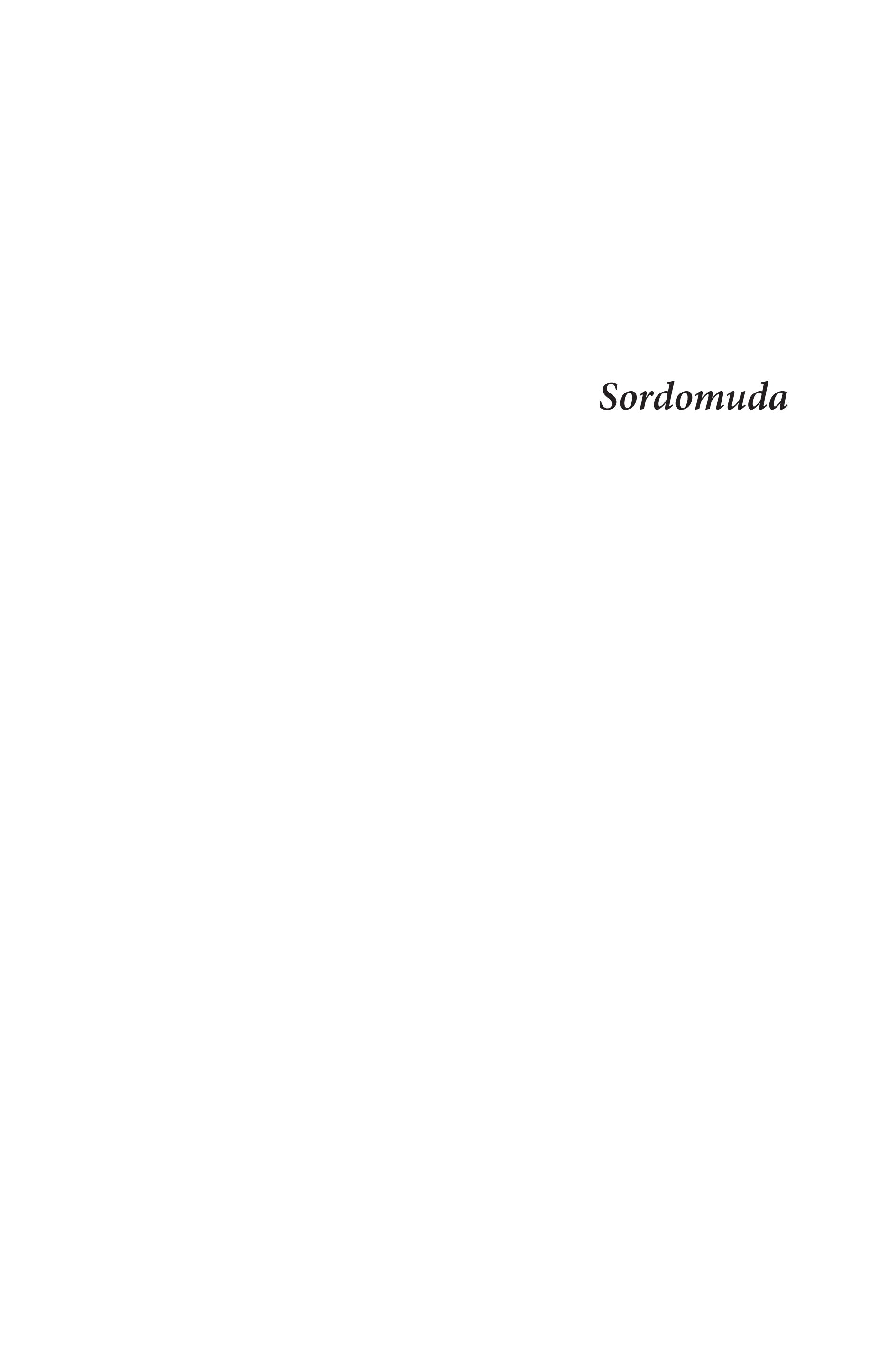
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



Sordomuda

Los escribientes son vencidos por la
fatiga del dictado. Lo nuevo es mudo.
Raúl Gustavo Aguirre

En todo esto hay un hondo sentido
pero cuando lo quiero explicar me faltan
las palabras.
Tao Ch'ien

¿No podría leernos algo un poco más alegre?
(Una persona del público)

Pordiosera

No es la musa cantora ni el pájaro chillón,
ni el muñeco parlante ni la dama que dicta.
Es una Sordomuda,
que te muestra la lengua por sólo una moneda.
La lengua está vacía.
La moneda tiene que ser de oro.

Paciencia

Sordomuda,
en tu lengua vacía flota Janitzio, la isla.
Pasa Dino Campana vestido de bombero.
Arden las casas de Chiloé con sus escamas de madera.
No dejan de girar los voladores de Papantla.
Y el trío Matamoros canta «Lágrimas negras».

¿Y qué esperaba yo, mirándote la lengua treinta
y tantos abriles?
¿Un tifón? ¿Una chispa, trébol de cuatro llaves?
¿Un vendedor de biblias?
¿Una juventud amable, heroica, fabulosa, digna
de ser escrita en letras de oro?

Sordomuda,
estoy sentado en el lugar de siempre y en tu
lengua vacía escuchas

Historieta

La niña abre el baúl y una mano le echa tierra
en los ojos.
Ella dice: ¡qué hermoso paisaje!
Ahora mezcla pinturas,
revuelve los vestidos de tías adornadas con juegos
de palabras.
Se amorata, se luce angelical, gira mangosta,
novia de esparadrapo,
se mira en los espejos que trabajan sin que nadie
los mire.
En este último cuadro la niña se pinta y se despinta,
aparece y se borra.
Yo cierro el libro de cuentos infantiles pensando
que mi lengua es esa niña Sordomuda,
probándose vestidos a la hora en que los demás
duermen.

Ejercicio

Dar en el blanco: bien.
Acertar, atinar, justo en el centro: bien.
Entre una ceja y otra.
Hacer centro: bien, bien.
Dar en el clavo, restallar,
pero con un muñón.

Aventuras

Sordomuda,
vivimos maniatados espalda con espalda
y alguien rasga la tienda donde estás prisionera:
lengüita azul no vayas a llorar
afuera los caballos resoplan intranquilos
y hay varios centinelas para una sola piedra.

Remo de mi canoa, mensajera, tu lengua brilla
junto al fuego cuando estamos espalda con espalda.
No vayas a hacer ruido,
hay jirones de tedio en los arbustos,
cantimploras vacías.

Loca de amordazada, emperrada, cautiva,
hay clavos oxidados en tu lengua, hay soldados de plomo.
Los he visto acampar y procurarse leña,
he visto sus cabezas rapadas, sus uniformes sucios.

Cada noche soñamos que un caballo de vidrio
muerde las ataduras,
pero amanece y vamos espalda con espalda.

Infancia

Llegó agitada Sordomuda.
En su respiración alguno bebía una cerveza,
alguno se arrojaba de la Torre Latina.
¿La traviesa flotaba en sus cabales?

Llegó agitada Sordomuda.
Una brizna de pasto entre los dientes,
papel picado y serpentinas sobre su corazón.
¿Flotaba en borracheras?

Alguien la llevó del brazo a la cocina.
Alguien la miró feo.
Alguien se fue quitando el cinturón.
Alguien cerró la puerta.

Nosotros espiábamos por la ventanita, temerosos
y arracimados.
Todos queríamos que ella nos nombrara.

Ilusión óptica

El abejón aletea sobre la cabeza del búho parado
        en el sombrero de la niña que camina
        sobre el lomo del caballo que galopa
por el camino polvoriento.
Pero en verdad,
el abejón, el búho, la niña y el caballo, son
        figuras inmóviles,
y el único que corre,
                                        salvaje
es el camino.

Hada

Se alimenta de carne de venado, de hojas grandes
y verdes, pero vomita nieve.
Se desliza a gran velocidad, sube a los altos picos
y cuenta lo que todos callamos.
¿Podría patinar sobre un pie? ¿Dibujar en un pie?
Voy a decirlo de otro modo; la Sordomuda pasa
con su cuerpo ladeado para recuperar el quilibrio.
Aquí todos la aclaman: «no hay palabras, es única».

Con su pasamontañas se desliza.
Clava sus espolones y mi lengua aterida se enrolla
en viejos miedos.
Y así ella se alimente de frutas amarillas o de peces
plateados, siempre vomita nieve.
Cuando vomite al bosque, yo lo conoceré.

Ahora está en la pendiente: «no hay palabras, es única».
Yo tiro del trineo, con mi hocico escarchado poco
puedo decir.
Para ella los aplausos porque puede bailar, dar vueltas
como un trompo,
y si se lo propone,
podría leerle los labios a un muñeco de nieve.

Ilusión

Está dormida, sueña, sus párpados esconden
un aplauso cerrado, un puñal de hojolata,
un castillo de mimbre.
Seguro que en su sueño alguien está soplando
un almohadón de plumas y ella viaja y visita.
Los 33 Billares o El Blanquita.
(Hoy: Los Imperio, Ana Libia, Los Tres Ases, Paco Miller
y su muñeco Don Roque),
y trae una botella en cada mano.

–Ahora está soñando. ¿Con quién sueña? ¿Lo sabes?
–Nadie lo sabe.
–Sueña contigo. Y si dejara de soñar, ¿qué sería de ti?
–No lo sé.
–Desaparecerías. Eres una figura de su sueño.
Si se despertara ese Rey te apagarías como una vela.

Pero ella está borracha y lo que sueña es tan vertiginoso
que no puedo seguirla.

Habrá que adivinar, mis ojos fijos en su cuerpo
que se estremece,
                    se sacude,
que respinga,
                    que tiembla,
como una telaraña en la cuna vacía.

Cocina

Tus mozos caminan entre columnas de humo y
reses colgadas de las vigas del techo.
¿Qué llevan traen en sus bandejas?
Gotas de lluvia, puñados de tierra, para que las
manos de los niños puedan hacer figuras.
¡Amasa! ¡Amasa! (dicen lo mozos por lo bajo).
¡Trabaja! ¡Arrasa! (dicen y escupen de costado).
Menjunje en aluvión de especias.
Hervores, fiebres del arroz.
Guisados con un hueso en danza.
Maneras de espumar, mondonguerías.
De todo corazón: fritanga.
Van entre relámpagos y mesas atestadas.
¿Qué traen y llevan sus bandejas?
Gotas de lluvia, puñados de tierra, para que las
manos de los niños puedan hacer figuras.
¡Amasa! ¡Amasa! (dicen algunos por lo bajo).
¡Trabaja! ¡Arrasa! (mientras escupen de costado).

¿La Imagen Es Una Creación Pura Del Espítu?

El sol es una taza rota y su lava no acaba de volcarse.
Eso pasó hace mucho.
El sol existe así porque así lo soñaron los huicholes
    y después lo encerraron en sus cuadros de estambre,
    en sus mantas, en sus cucharas sabias.
Uno pintó una cara azul envuelta en rayos rojos.
Otro le hizo nariz.
Uno pintó una piedra con un bosque de sangre alrededor.
Otro más imaginó un erizo con sus estalactitas amarillas.
Pero hubo quien soñó un pez plateado sobre una telaraña.
Ese, no pintó nada.

Telenovela

Sordomuda,
yo cargo las valijas, yo compro los boletos,
y soy tu catador, el señor de las flores,
tu pareja de baile en el salón Colonia de México D. F.

Yo soy tu lazarillo y te compro historietas y soy
    tu guitarrista, el chofer de tu almohada,
    a veces el jinete, a veces el caballo.

Mudita de mi alma yo te elijo perfumes y te exhibo
    como el Príncipe Orsini al luchador Jacob,
    «La Bestia», en un cine mugriento.

Y soy el del retrato, tu instructor, tu pupilo,
    el cara de payaso, un pasajero en tu sudor apenas,
Sordomuda, el que reza en tu cuerpo.

Hilachas

¿Es el silencio el guante de una voz?
¿Se podría tocar?
¿Recordaríamos el silencio de un día cualquiera
 cuando niños?
¿Acaso vuela al ras del suelo?
El poeta que se llama a silencio, va
 voluntariamente o el silencio lo llama?
El que calla, ¿otorga?

Son respuestas que yo no puedo preguntar.
No le temo al silencio,
aun cuando se estrelle con sus alas de polvo
 en mi ventana.
No da miedo escucharlo.
Tengo miedo de verlo.

Universo

El poeta, como el cazador pobre,
a lo que salga.
Baldomero Fernández Moreno

El domador que mete su cabeza dentro de la boca
del león, ¿qué busca?
¿La lástima del público?
¿Que tenga lástima el león?
¿Busca su propia lástima?

El poeta que arroja su anzuelo en la garganta
de la Sordomuda, ¿qué busca?
¿La lástima del público?
¿Que tenga lástima la Sordomuda?
¿Busca su propia lástima?

Y el público, ¿está loco? ¿por qué aplaude?

Reverso

El reflector barre el agua con una luna falsa,
deja su baba entre los peces quietos.
Hay lanchas asesinas, hay luces de aturdir,
hay sirenas que rugen,
reflectores que arrastran su boca enharinada.

El poeta es apenas una sombra que corre por el fondo,
raspa el hueso del habla, busca una orilla
en otro cuerpo, un pasadizo.

Nadie puede dormir, la vigilia es de piedra.
La vigilia de piedra,
la vigilia que piedra, piedra, piedra.

Placenta

Fue el fin del mundo cada día, cada rosa cortada,
        cada borracho sobre su bicicleta.
Alguien se despertaba, se miraba al espejo y eso
        era el fin del mundo.
Todo y por todos lados: cada grano de sal, una puntada
        aquí en la sien o un auto a gran velocidad.
No había película que hablara de otra cosa,
ni cosa que estuviese fuera de esa película.

Fue el fin del mundo cada día, cada minuto y
cada café frío.
No había felicidad sin sus ropas marchitas y el rostro
        que besabas era el del fin del mundo.
No había carta que no abriese con su enorme
        cuchillo de cocina.
Ni la estela de un bote escapó de sus redes.
Ahora mismo,
un teléfono suena y atiende el fin del mundo.

La cenicienta y los poetas

Las mujeres de la casa tienen una costrumbre,
maltratarla:
“¡Peina un poco esa lengua!
¡Dale brillo!
¡Plancha un poco la lengua!
¡Friega!”
Sordomuda entra al espejo tarareando canciones
que nadie escuchará.
Casi todos los días una misma visita:
sapo de encantamientos.
Y ella, noche tras noche, va a acariciarle el lomo
y a decirle sin voz: «quizá, tal vez, mañana».

Las damas de la casa tienen otra costumbre,
putear frente al espejo:
«¡Este perfil apesta!
¿Y esta arruga?
¡Hoy nadie vino a verme!»
Sordomuda abre su ventanal y *tiritan azules*
los astros a lo lejos.
Allí están las pintadas en los muros vecinos,

entre vivas y mueras, grandes letras de molde:
«¡Qué pequeño es el mundo!»
«¿Usted camina o flota?»
Ya es tarde.
Están cerradas todas las ventanas.
Y todo bulto que se mueve por los alrededores,
        mugido,
        silbo,
        llanto,
le está pidiendo un beso.

1958

Sordomuda,
hoy la tarde sobre Ingeniero White es suave
como mi abuelo peinándome de niño.
Las calles que se tragan sus palabras de polvo,
guiñan con luces tímidas.
El muelle se evapora como mi cuerpo de seis años
enfundado en el abrigo de mi abuelo.
Y en mis sueños tu casa,
        los muros descascarados de tu casa,
        el perfume de flores de tu casa,
        las risas de tu casa,
tu bicicleta afuera sobre la pared blanca.

Valsecito

El vals de la Sordomuda me llena los ojos de lágrimas,
me enciende un cigarro en la boca,
me aflauta la voz, me da pena.

(Pensar que yo pagué la fiesta.
Pensar que contrate a la orquesta).

El vals de la Sordomuda es un fotógrafo molesto,
es una torta de tres pisos.
es un collar de perlas falsas.

(Pensar que yo pagué la fiesta.
Pensar que contraté a la orquesta).

Y el vals de la Sordomuda es una bandada
de patos sobre el viejo techo de zinc.

Exilio

Un hombre enterrado en las arenas del exilio
donde se hunden sin chistar mujeres rojas y tiendas
de lentas humaredas,
y una espada se emperra y una silla en desuso.

Un hombre enterrado allí donde Tarafa ofrece
una copa de vino, por las llamas del sol
que lo despedazaron.
Y va a pique la mesa donde alguien escribió
moriré tal vez muy lejos de mi idioma
y Artaud canta parado en un caballo blanco.

Entonces, ese hombre es polvo de su voz.

Postal

El semáforo detiene por un instante la caravana de
automóviles.
¿Alguien ha visto un antifaz de plata sobre
las aguas negras?
Canta un recién nacido: «la ciudad tiene ruidos de celda».
Sordomuda, parada en medio de la gran avenida,
escupe fuego.
Los edificios son estacas clavadas en el llanto de los
ancianos.
¿Alguno ha visto un caballito de papel maché cegado
        por los grandes anuncios luminosos?
«La ciudad tiene ruidos de celda».
Por los vidrios esmerilados de los autos, resbala una
canción.
Sordomuda hace buches con nafta, escupe fuego.
Cuando el semáforo cambie de color
los autos tomarán la carretera que lleva hacia el desierto.

Suma

Los días no contaban para mí,
bastaba la palabra.
Yo escuchaba en cuclillas cómo alguna palabra
        conversaba con otra.
No contaban los días.
Pero extravié palabras y los días me siguieron
        de cerca con sus largos abrigos
Yo iba mirando el suelo.
«Ese no cuenta el cuento», vaticinaron unos.
Yo no escuchaba a nadie, yo contaba con ellas.
Los días fueron como trapos mojados en los pies.
Habité días feroces porque perdí palabras.
Eran contadas y eran, al fin, las que contaban.
El tiempo es implacable.
El que pierde palabras tiene los días contados.

El sueño que sueño

Habráse visto lo que he visto
con los ojos cosidos a la almohada:
nada más que una sombra
con un anillo de oro.

Tango de la contorsionista

Vivo agarrado de su trenza larga,
guindando, dando tumbos,
aferrado a ese hilo con voz de polizón y un
abismo en las suelas.
Y ella no come de mi mano.

¿Podré asomarme al filo de su rostro?
¿Alguien trató, dijo, me juego la cabeza?
Vivo trepando por su trenza larga.
Ella se bambolea, se retuerce, se comba, hace
oscilar las piernas, sabe quebrar los brazos,
en el hombro un tobillo y una mano en los ojos.

Ondulante cintura de la contorsionista donde
        instalé mis sueños. ¡Santo Dios!
Da cornadas de ciego su mejilla en el barro,
        pero no come de esta mano,
        yo tengo manos que no duermen.

Vivo agarrado de su trenza larga como de una cornisa.
Si algún día tratara de frenarla, despertaría su furia.
        De serpentear es ella,

de culebrear su trenza
sabor de mate amargo.
Cuando ovillada en sus talones se duerme sobre
la cabeza de un alfiler.

Anoche soñé que un enjambre de brazos me levantaba
en vilo para arrojarme lejos de su carpa.
¿Le extrañaba después? ¿Hubo remordimiento?
Que siempre voy colgado de su trenza
nudo atroz de cuero crudo.
Y ella no baila de este pie.

Yo tengo manos que no durmen
Ella levanta polvareda cuando trepa en el cable
hacia el trapecio.
Y yo agarrado de esa trenza larga, con los dedos en sangre,
pujando, zigzagueando, rezando por lo bajo:
paladar de otoño
necesito un respiro,
una lima filosa adentro de un pastel,
un pasaporte falso,
dale una herida fresca a este cuerpo marchito
que ella no come de mi mano,
múdame de esta sorda
que ella no baila nunca de mi pie.

Diálogo en una estación de trenes

Escribir es, de alguna manera, ir a una cita.
–¿Con quién? ¿En qué lugar? ¿A qué hora?
–La misma expectativa, el sudor en las manos,
la mente en blanco, la página igual.
–Pero él, ¿escribe?
–... y marcó el número y concretó la cita y escuchó
aquella voz como bordada en todo el cuerpo.
–¿Pero cuál? ¿Pero quién?
–Hay fotos de revistas, hay rumores.
–¿Cuándo? ¿En qué lugar?
–Él entra al baño, se peina, se despeina, se perfuma
y ya decidido va a pedir un café.
–Es temprano, ¿verdad?
–El reloj es un inválido que cuenta historias crueles.
–Siga, siga. ¿Por qué?
–Ella cruza la puerta, endiablada, entalcada, ella avanza
atareada, en fin, pintarrajeada.
–Por favor, continúe.
–No hay palabras, es única.
–¿Y él?
–Ya se puso de pie y le estira una mano.
–¿Y ella?
–Pasa ligero, dice «no lo conozco».

¿A esto le llamas ayudarme?

Yo dije «bésale las piernas a la poesía».
Y también «bésale las palabras».
Yo dije «hurga su lengua».
Y dije «hasta que abra los brazos».

Yo dije «bésale las piernas, las palabras».
Y dije «hasta que no de más».
Y «hasta que pida más».
Y dije «hasta que cante».

A qué alegar ahora si ella en verdad cantó.
¿Fue un sueño?
¡Qué más da si era mímica y disco, si era
patraña y ruido!
Sé que la oí cantar,
¿qué cambia que hubiera sido de otro modo?

Vida cotidiana

Sordomuda se inclina, da de comer al ojo.
El ojo gruñe.
Tiene su propio plato y una casilla con su nombre.
Ella se estira, corta frutos silvestres, dúos de enamorados
    que flotan en el parque; gatos fosforescentes,
    sombrillas para el ojo.
El ojo engulle lo que ve y eructa.
Sus dientes pasan lista.
Farfulla su lengua de cuero.
Su espuma bate palmas.
La cadena del ojo, ¿es su conciencia?
Ella le soba el lomo y el ojo bosteza satisfecho.
Después, ella tira muy lejos una madeja de hilo y el ojo va
y lo trae,
y si arroja un periódico el ojo se lo alcanza, llorando.

Besos

la vida no es
la cara ni el llanto de la cara
ni la mano ni el golpe de la mano en la cara
ni el viaje de la mano ni la estéril huida de la cara

es el hilo de sangre que sale de tu boca.

Oasis

Caminé en el desierto de tu lengua.
De cada polvareda hice un recuerdo grato.
De una piedra redonda, un amuleto.
De las verdes tormentas hice un bosque.
De cuatro lagartijas, un amigo.
Caminé,
        ¿Para qué?
Si el que habla de estas cosas es apenas el viudo
        de tu lengua.
¿Para qué?
        Caminé.
El bosque, el amuleto, el amigo, el recuerdo,
        son puñados de polvo.

¡Tanto excavar por una perla de agua!
¡Todo mi harén es una Sordomuda!

Centro

Solamente podrás armar tu mesa de madera con
el pensamento fijo en una tormenta:
cada clavo un árbol derribado
y cada martillazo un paraguas deshecho.
Solamente podrás bailar con una mujer sobre esa
misma mesa,
pensando que un tigre se agazapa desde las ramas altas:
cada paso un rugido,
cada giro un zarpazo.
Solamente podrás llegar a tu casa de Banfield
tomando rumbo a Huachinango.
Únicamente podrás atisbar al poema, desde esa
ventana que te devuelve a la pareja de amantes
bailando en el centro de la tormenta,
apenas alumbrados por los ojos de un tigre.

El rock de la cárcel

Ella pone la radio a todo volumen cuando intento escribir
    cuando quiero dormir,
ella baila en el piso de arriba.
Baja las escaleras con fuerte zapateo,
        sus hijos lloran,
        sus perros ladran.
Todo el santo día hay personas que tocan a mi puerta
    y por toda disculpa dicen: me equivoqué de puerta.
Ahora sube las escaleras corriendo, da un portazo
    en su cuarto y discute a los gritos.
        Sus hijos ladran,
        sus perros lloran.
Con ella el vecindario es mucho más que una riña
    de gallos en el techo,
mucho peor que una explosión adentro de la almohada.
Un día respiré profundo, subí las escaleras,
–me atendió un hombre que estaba agonizando–
dije tímidamente: me equivoqué de puerta,
        mis hijos lloran,
        mis perros ladran.

Ella tiene la radio a todo volumen cuando intento escribir
cuando quiero dormir,
ella baila en el piso de arriba.
Hace años que mi único deseo es cruzarme
con ella en la escalera,
y decirle a la cara ¡me voy!
y rociarla con nafta,
y apagar mi cigarro en su vestido rojo.

Film de amor

Se apagaron las luces.
El piano va en zig zag y en la pantalla
el caballero se arrodilla a los pies de su dama.
Ahora junta las palmas y mueve el bigotito.
Ella entorna los ojos y se revuelve el pelo.

Aquí la copia está cortada y el público no deja
de silbar.

¡Se terminó, señores! ¡Desalojen el libro!
De todos modos, no habrá más que un señor
        de bombín y una señora gorda.

Mi lengua es una película muda.

Burlesque

Ella hace un strip-tease para mí solo.
Ella hace un strip-tease para mí.
Ella hace un strip-tease.

Ella
            saca la lengua,
que es la punta del iceberg.

ZONA DE TOLERACIA

Latidos

Mi cuna no ha sido precisamente un zapato
W.S. Merwin,
como usted afirma en una canción nómada.
Podría haber sido, sí, alguna gota de agua
          suspendida del cuerpo de mi madre,
          donde alunicé un día.
Estuve envuelto en agua, en esa turbulencia de
líquido viscoso,
y el dibujo de mi ventana fue siempre aquella ola,
          rompiéndose y haciéndose,
          haciéndose y rompiéndose,
          rompiéndose y la veo:
todavía es azul y es verde, y es azul.

Es la vida y soy para ella un rostro que se hace
          y se deshace,
bajo el imperceptible galope de sus alas.

Arte poética

He tratado de dibujar un niño en la corteza de los árboles,
y de ocultar las ramas entre las páginas de un sueño.
Y he mezclado los cielos a la sombra de un hijo,
          a la sombra de un árbol,
          a la sombra de un libro.

He tratado de barajar los pocos cielos míos.
De plantar una lengua en la tierra del sueño y
escribir con la mano del deseo, ese libro
que mañana hablará como un hijo.

Sin dejar de girar con un vino en el aire.
Por el hijo de oro, por el libro de espadas,
por el árbol de sangre.

Olas

Tu corazón es una taza diminuta,
y es la única taza que precisa dos bocas,
y es la única boca que no se vuelca nunca.
            Enormes olas,
locomotoras de agua se desploman cerca de tus
 labios de Grecia.
Pero esto es Isla Negra y enfundada que vas
            en un abrigo hecho para otro cuerpo,
            hecho para otro clima.
Pero siempre en tus ojos brillando una tacita.
Entonces,
hay un hombre encerrado en los papeles de la noche.
Sus vagabundos quieren levantar esa taza,
            como los deportistas a sus copas doradas.

Arder

Cuando nos besamos trituramos un ángel.
Su última voluntad será nuestro deseo.
Tiempo habrá para escupir sus vidrios de colores,
su sombrero de plumas,
barajas manoseadas por tahúres y ahora

hay que hacerlo entrar,
ofrecerle licor (que él viene de morirse),
acercarle una silla (que lee en la oscuridad).

Dirá sus baratijas,
su forma de guiarnos al secreto de la vieja estación.
Dirá que el vino está hecho de hojas secas,
que puede hacer un fuego con tu rostro y el mío.
(Ni un centavo de luz a su trabajo).

Cuando nos besamos desollamos un ángel,
un condenado a muerte que va a resucitar en
otras bocas.
No tengas lástima por él, sólo hay que hincar el diente,
y triturar el ángel.
Abrir tus piernas blancas y darle sepultura.

Suertes

Azar no es arrojar una moneda al aire.
Ni siquiera esperar el cara o cruz.
Azar es atrapar la moneda en el aire
y huir sin dejar rastro.

En la lona

A Rafael Ramírez Heredia, árbitro de la lucha libre.

En el catch, si un hombre se cae queda exageradamente ahí, llena hasta el extremo la vista de los espectadores con el espectáculo de su impotencia.
Roland Barthes

Los luchadores son líricos.
Martin Karadagian

Terremoto Kid está sentado en un rincón,
la cabeza humeante entre los brazos,
las piernas como si fueran de otro cuerpo.
El árbitro levanta el brazo al vencedor
–que es el Señor Misterio–
y el público lanza un rugido.

Cuando todos se marchan, él continúa en su rincón,
la cabeza humeante entre los brazos,
las piernas como si fueran de otro cuerpo.

Terremoto Kid debe juntar lo poco que le queda
          y salir a la calle y escuchar que le gritan:
«¡Ah pendejo, al final te jodió con esa quebradora!»
«¡Ah grandulón, te distrajo la mariposa de su capa,
          el pez de su antifaz,
          el aviocito azul tatuado en su antebrazo!»

Una derrota es todas las derrotas.
La vida que te corre con un cinto en la mano.

El peluquero

a mi abuelo Santiago

Asentaba navajas en un listón de cuero,
porque era su trabajo arrancarle a los rostros
sus animales muertos.
Hacía barba y bigote para el espejo atestado de gente.
Su navaja pulía aquella superficie,
rasuraba los rostros del espejo y haciendo su trabajo,
¿afeitaba al espejo?

Era más chico que un tarro de gomina Brancato
mi abuelo,
pero una cabeza más alto que la muerte.
Invitaba al cliente sacudiendo una toalla
y el cliente ocupaba aquel sillón Dossetti de madera
y entraba en el espejo.
El estilista hablaba solamente con su tijera
y cuando ella por fin tenía la lengua desgajada
hacia un lado, él el decía: «servido».

Mi abuelo maquillaba al espejo con estrellas de talco
y usaba un pulcro saco blanco.
La muerte —que también es prolija— le envidiaba
su colección de peines.

Un día la muerte, que hojeaba una revista deportiva,
dijo: «me toca a mí».
Y ocupó aquel sillón, despatarrada y con un
remolino en la cabeza.
«Tiene un pelo difícil», dijo sin voz mi abuelo.
Después, la muerte asentó su navaja y haciendo
su trabajo, ¿rasuraba al espejo?
El peluquero se marchó bajo un cielo cualquiera
con estrellas de talco.
El espejo se pasó la mano por la cara afeitada,
suave, como un recién nacido.

Nota: Colaboraron en este libro: Lewis Carrol, Mae West, una persona del público, Baldomero Fernández Moreno, César Vallejo, Tao Ch'ien, Homero Expósito, Raúl Gustavo Aguirre, Nazim Hikmet, Roland Barthes, Amarilis, Pablo Neruda, Martín Karadagian, Artur Rimbaud y Alfonso Cortés, entre muchos otros a quienes extiendo mi agradecimiento.

BESOS

la vida no es
la cara ni el llanto de la cara
ni la mano ni el golpe de la mano en la cara
ni el viaje de la mano ni la estéril huida de la cara
es el hilo de sangre que sale de tu boca.



Colección
Lima Lee

